

Ética de la infidelidad conyugal¹

*Fernando Batoni*²

Resumen

El espacio del amante, en el marco del amor conyugal, plantea un rompecabezas de solución difícil. Configura una actividad donde pugnan, por un lado, la fuerza de la biología y la cultura ancestral; de otro lado, la cultura religiosa y jurídica. El postmodernismo, con su relativismo ético, y el fenómeno de la globalización, que ha promovido una sociedad más heterogénea, hacen más difícil el logro de la integración entre los miembros de las parejas matrimoniales.

El psicoanalista, frente a la situación en cuestión, requiere mantener su posicionamiento: una abierta búsqueda de la verdad interna del analizado.

“El sexo sin compromiso se ha convertido en una de las actividades predilectas de la sociedad actual. Ante este panorama, lo mejor será tomar nota de lo que debes hacer para detectar si te están engañando o aplicar estos trucos para convertirte en una infiel experta.” Este texto corresponde al capítulo de mayor espacio de la portada de la revista dominical *EME de mujer* del periódico *El Nacional* de fecha 1º de marzo de 2007. Ya en el encabezamiento, en el interior de la revista, el título en letra de gran tamaño reza: “Manual para montar cachos y que no te los monten a ti”. En el

¹ Conferencia presentada en el simposio “Ética de la sexualidad” en la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, el 23 de marzo de 2007.

² Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

introito del trabajo se lee: “Aunque la sociedad no ve con buenos ojos que las mujeres sean infieles, cada día son más las féminas que lo hacen y que logran mantener dos relaciones sin ser descubiertas. Si eres una de ellas, aquí tienes algunas técnicas para pasar desapercibida. Si, al contrario, eres de las que no se atreven, pero crees que estás siendo la víctima, afina tus sentidos y descúbrela”.

Curiosamente la revista *Todo en Domingo* N° 386, del 11 de marzo de 2007, dedica una edición especial con muchas páginas al tema del matrimonio con el título “Si se va a casar corra”. Dice entre líneas: “... tener una boda de altura exige saber qué está a la moda y, de paso, reservarlo hasta con un año de antelación. Hay quienes buscan escenografías de impacto, música a la medida, fotos estelares, el Rolls Royce, el vestido de novia y del novio el palto levita”.

Tomo en este momento estas dos manifestaciones periodísticas para ponerlas de ejemplo de lo que se ha dado en llamar postmodernismo, es decir, el hoy que vivimos, que significa, para algunos sociólogos, una quiebra de la modernidad acerca del modo de actuar y de pensar. Plantean que el hombre moderno estaba convencido de que la modernidad proporcionaría el progreso, la felicidad y la redención del hombre, pero, después de tres siglos de avance de la ciencia y el arte, los resultados no hicieron más feliz a la persona, ni mejoraron la conducta humana, como lo muestran las guerras mundiales, la violencia de la ciudad, el terrorismo, la corrupción política o el relativismo ético. El hombre moderno habría reaccionado con desencanto, perdiendo el deseo de ahondar en su realidad y mirando con escepticismo la fe en la razón. Busca formas de vida regresiva de estilo adolescente y con una tendencia a volcarse hacia el mundo de afuera, dejando de lado el mirar también su mundo interior. La globalización en las diferentes culturas, acelerada por la revolución informática, aparte de sus posibilidades de progreso, presenta el riesgo en las relaciones interpersonales de una sociedad que se hace cada vez más heterogénea. Así, la participación del individuo de otras culturas, de otras creencias, hace más difícil el logro de integración entre los miembros de las parejas matrimoniales y las familias. A este hombre de la época postmoderna se le ha adjudicado particulares aspectos de su personalidad: individualista, pragmático, hedonista, sustentador de su relativismo ético.

Luego de referirme a la cuestión del momento cultural en que estamos inmersos, me remitiré más específicamente a nuestro tema: “ética de la infidelidad conyugal”, el cual, sin duda alguna, es materia delicada, compleja y contradictoria.

El término y concepto de *infidelidad* posee diferentes significaciones, motivaciones y circunstancias, algunas veces aparentemente incomprensivas e injustificables, otras, seguramente, comprensivas y justificables.

Quizás la significación más antigua del término surgió en los primeros años del segundo milenio de la era cristiana, cuando los musulmanes, desvividos por Mahoma, le habían quitado el rango divino a Jesús. Los cristianos los llegaron a considerar y a designar como “infieles” enemigos. Hoy día, en la crudeza del fundamentalismo musulmán, a los occidentales nos designan “infieles”, a quienes han de eliminar. Ante esta designación nos preguntamos: ¿se le puede aplicar esta significación a quien le está siendo infiel a su esposa y que por ello se ha convertido en un acróbata o en un malabarista para que ella no lo descubra, se moleste o sufra? Él no es ningún enemigo de ella y es posible que incluso sea un buen esposo y la ame. Si aparte del sufrimiento provocado por el sentimiento de exclusión o rechazo está la reacción al engaño, ¿por qué este peculiar engaño cobra tanto impacto?, ¿por qué existen otros engaños que casi pasan inadvertidos?

Como señalé anteriormente, la significación de la infidelidad no se puede ubicar en la misma gaveta, deben considerarse para su comprensión cuestiones como: la etapa del matrimonio, la diferencia de edad en los matrimonios avanzados, enfermedad y condiciones emocionales diferentes, distanciamientos obligados, y seguramente otros tantos condicionantes más.

Durante los primeros años de vida matrimonial, cuando predomina el enamoramiento, la fidelidad no está sostenida por el deber. El apego y la atracción por la pareja están potenciados por la pasión, al predominar la satisfacción sexual y amorosa. Los estímulos sexuales provenientes del mundo extramarital no harán mella en los sensores eróticos de los recién casados. Las infidelidades conyugales en esta primavera con frecuencia estarán asociadas a condiciones como el “donjuanismo” y el “casanovismo”, figuras relacionadas con montantes de narcisismo y fallas en los procesos de integración del objeto erótico. Al respecto, puedo traer a colación el caso de un hombre, todavía joven, a quien estuve tratando hace varios años. Había venido porque era muy callado, pero, sobre todo, por pertenecer a esas familias donde casi todos se analizan. Teniendo dos años de edad, sus padres, por razones económicas y con ocho hijos, delegaron su crianza a la pareja matrimonial de su hermana, también con sus hijos, pero no tantos. Fue un niño muy querido y muy cuidado en el nuevo hogar. Solía pasar sus vacaciones en su hogar de origen, donde se le seguía queriendo. Este niño tuvo buen crecimiento y llegó a tener una profesión universitaria exitosa. Desde joven, generalmente tenía dos novias. Cuando decidió casarse, gene-

ró mucha simpatía el rito de su matrimonio eclesiástico, avanzando hacia el altar en el medio y de brazos de sus dos madres. En casi todo el curso de su matrimonio, nunca le faltó su “segundo frente”, sin mucho conflicto matrimonial aparente. En dos oportunidades en la que fue pillado utilizó como justificación la interpretación que en algún momento yo le ofrecí: la necesidad de preservar para él a sus madres. La esposa parecía tolerar esta argumentación interpretativa y generalmente se hacía de la vista gorda. Esa era la impresión que él mantenía. Hasta que yo le estuve atendiendo mantuvo siempre sus dos relaciones y su matrimonio marchaba sobre ruedas. Mi interpretación no le hizo mella, quizás terminó hablando un poco más.

Al avanzar el matrimonio, incluyendo el buen matrimonio —el cual incorpora compromisos, satisfacciones sexuales y amorosas, diversos compartires, ideales, proyectos comunes e hijos—, en el quehacer cotidiano y prolongado van pasando demasiadas cosas: la rutina que aburre, la transformación de los cuerpos, las exigencias y conflictos laborales con sus resacas en la mesa y en la cama, las triangulaciones con los hijos y con las familias de lado y lado, las desvalorizaciones y los rechazos. Un problema serio es el de las complicadas identificaciones proyectivas de los aspectos rechazados del sí mismo, donde se pierde la realidad y la autocrítica, invalidando a los compañeros amorosos para el diálogo franco. Todas son situaciones que abren grietas por donde se puede escapar la tentación de la infidelidad, porque afuera también pululan hombres y mujeres con idénticas grietas, y además hombres y mujeres en estado de soledad y necesidad humana echando sus justificados palangres en el mar de la vida.

La enfermedad o discapacidad de alguno de los miembros de la pareja configuran un cuadro de mucho desbalance: uno de ellos, supeditado a una cama por yacer enfermo, demandando afecto, atención y cuidados de enfermería; el otro, dando afecto, atención y esos delicados cuidados, pero, estando sano y sintiéndose sano, anhelando la cama del placer.

Puedo mostrar la situación de un hombre de 48 años que vino a verme, a dos meses del fallecimiento de su esposa, mujer de 40 años, con quien había tenido un matrimonio bien avenido. En la primera entrevista me dijo que creía que estaba loco, pues se la pasaba hablando con ella, tal como si estuviese viva. Pocos días antes de su muerte, postrada ya con un cáncer terminal de estómago, en un momento de caricias tiernas, ambos se excitaron y provocaron un felacio tranquilizador. Podría decirse que tuvieron capacidad amorosa y sexual hasta la muerte, sin embargo, como me lo comunicó, él, a pocos meses del diagnóstico, conocido hacía un año, había iniciado una aventura sexual extramarital. En su talante depresivo, con muchas lágrimas, dejaba

traslucir francamente el dolor por la pérdida, que no por la culpa, quizás morigerada por su justificación (la grave enfermedad) y por su entrega de atenciones y cuidados denodados, asumida durante muchos meses.

Los dos casos clínicos que he mostrado, en los cuales destacó el cuento de la infidelidad conyugal, no provocaron aparentemente mayor conflicto y sufrimiento. Pudieran ser considerados: uno, en la estructuración del sujeto y su dificultad para integrar al objeto erótico; el otro, asociado a un desbalance vital actual. Por supuesto, no suelen presentarse así las diferentes situaciones donde está implicado el hecho de la infidelidad.

Todos los analistas hemos asistido, quién sabe cuántas veces, no sólo a la persona (hombre o mujer) víctima del engaño o la traición, sino a los tres protagonistas del drama o la comedia. La víctima engañada se retuerce en sus dolores de exclusión, humillación, de desilusión, miedo al abandono y de rabia no resuelta. La víctima traicionera, adoleciendo de su culpa y su vergüenza, ve perder la valoración y confianza de su pareja formal y, más allá, tiene el temor a perderla corporalmente, junto con su hogar y sus hijos. En mi experiencia clínica, son los casos de personas actuantes de infidelidad los que han mostrado mayores montos de sufrimiento, algunos de ellos con riesgo suicida. En cuanto al amante, éste no sólo vive en el jardín de las delicias: se percibe de menor jerarquía en su rango social amoroso y reclama posicionamiento, sufre de soledad y celos; unas veces sentirá el placer de atacar a la pareja matrimonial; otras veces tendrá que tramitar sus propias culpas.

El espacio del amante es un lugar de delicia y sufrimiento y, dentro del marco del amor conyugal, la presencia del amante plantea un rompecabezas de solución difícil. Es un conflicto en el que concurren el compromiso, el placer y el sufrimiento.

El símil que he encontrado para graficarlo es el de dos gatos hidráulicos en permanente confrontación. De un lado el individuo impregnado de la fuerza de la biología y la cultura ancestral, latente en todos los seres humanos de hoy; de otro lado la cultura religiosa o jurídica pugnando por mantener la organización de la comunidad humana.

Tengamos presente que el registro histórico del hombre data apenas de 3.500 años, pero el homo-sapiens se desarrolló hace cien mil años y el australopitecus tres millones de años. Los dinosaurios entraron en escena hace cien millones de años, y las bacterias, nuestros primeros antepasados, llegaron por fin a constituirse hace 380 millones de años.

De una carga biológica tan casi infinitamente prolongada es casi imposible llegar a desprenderse, y de ello significa una marca ineluctable que

tiene el ser humano para buscar toda posibilidad de “reproducirse”. El hombre emite en cada eyaculación de 20 a 150 millones de espermatozoides y la mujer llega a madurar unos 400 óvulos (selección natural, reproducción).

De una cultura ancestral, la del jefe omnipotente de la horda primitiva, nos queda, entre otras cosas, la figura del padrote, la angustia de castración, la rebelión de los hijos y la identificación con ese padre preñador. La mujer de la horda, preñándose, pariendo, amamantando y manteniendo el fuego de la caverna o choza, acumulaba el resentimiento milenario que habría de estallar hace apenas sesenta años, a través del fenómeno de la liberación femenina.

El otro gato hidráulico reside en un monstruoso superyó: la institución matrimonial con sus dos vertientes, la religiosa y la jurídica. Nuestro matrimonio procede de la tradición judeo-cristiana: establecer que la unión del esposo y la esposa prefiguran la unión de Cristo a la iglesia. “Amor entrañable, como el de Cristo a la iglesia, por la que dio la vida. Y como consecuencia, la fidelidad hasta que la muerte los separe” (Pablo, Efesios 5, 31-32).

En relación con la juridicidad del matrimonio, en todos los pueblos, casi sin excepción, ha sido castigado el adulterio como uno de los más grandes delitos. Una ojeada retrospectiva confirma el rigor general hasta la época. En la India, las leyes disponían que la adúltera fuera devorada por los perros y que el amante muriera quemado. Los egipcios antiguos aplicaban también la pena de muerte, pero en tiempo de Herodoto se limitaban a arrancarle la nariz a la mujer y azotar a su cómplice. En China eran también matados los adúlteros con diversos refinamientos en los suplicios. Entre los judíos, aunque hay ejemplos de muerte por el fuego, los adúlteros sufrían la lapidación. Jesucristo, que eleva el matrimonio a sacramento y lo funda en la monogamia, en la fidelidad y en el amor a los cónyuges, no establece condena estricta para los adúlteros, y aun perdona, entre el asombro y la indignación de sus enemigos, a la mujer adúltera, al menos por no ser menos impura que otros pecadores.

Ubicándonos ya en nuestro tiempo y en nuestro medio, el artículo 137 de nuestro Código Civil reza: “... con el matrimonio el marido y la mujer adquieren los mismos derechos y asumen los mismos deberes. Del matrimonio deriva la obligación de los cónyuges, de vivir juntos, guardarse fidelidad y socorrerse”. El artículo 185 contempla el adulterio como la causal de divorcio más grave y su sanción se cumple en la ejecución del divorcio.

Hemos hecho alusión a la religión y a la ley respecto del matrimonio, dos amenazas terroríficas: perder la gracia de Dios y, con ello, la oferta de la vida celestial, al tiempo de perder la vida, perder la libertad, victimizarse en

la tortura o acaso, apenas, perder la nariz. A esta amenaza superyoica hay que agregarle la amenaza que representan los cuarenta millones de contagiados de sida que actualmente existen en el mundo.

Las tendencias deseantes tienen tal fuerza y perseverancia que, con esos murallones de piedra que son la religión y la ley, la gente termina saliéndose por la tangente. Las estadísticas más actualizadas denuncian que alrededor de 65 por ciento de los hombres han sido infieles. El porcentaje en relación con las mujeres arroja cifras próximas a 50 por ciento. Es significativo apuntar la incidencia de divorcios que en más de 50 por ciento se registran en los países occidentales. Es posible que exista una correlación estadística entre adulterio y divorcio.

Un vínculo entre los esposos, sostenido en la relación sexual satisfactoria, aunada a una relación de objeto total integrada, es una base sólida de estabilidad y de deseo. La pérdida de tales condiciones acarrea monotonía, tedio, hasta enojo.

La fantasía del amante renueva el erotismo y la pareja mantiene vivo el vínculo. Cuando la figura del amante emerge en el espacio de la realidad externa, el amor se divide. Surge el dolor de la exclusión y se reactivan los fantasmas de la exclusión de la escena primaria y de la castración. El miembro de la pareja excluida padece, y por supuesto maneja la situación como bien puede. El miembro transgresor busca en su nuevo erotismo desafiar la monotonía, el aburrimiento o la muerte psíquica, y, como dijimos antes, también padece.

En palabras de Alcira Marian Alizade:

... el amante es chispa de una nueva pasión. Promete placeres, el salto sobre la barrera de la prohibición, la excitante transgresión. El espacio del amante es espacio de olvido de la realidad intolerable. Irresistible aventura, sobre todo cuando se experimenta la marca de los primeros envejecimientos acompañados por el saber oculto de lo efímero de la existencia.

Cuando, refiriéndome a la relación del amante en el marco conyugal, la llegué a asimilar con dos gatos hidráulicos confrontándose, creo que también la situación en que se halla el analista es como ese símil: de una parte, con su contratransferencia tentado a colocarse del lado de alguno de los personajes del cuadro humano en cuestión; de otra parte, en su posicionamiento de analista. Esta parte debe predominar: una abierta búsqueda de la verdad interna del analizando, acompañada de la significación bionniana “haciendo caso omiso de su memoria y su deseo”.

Bibliografía

ALIZA DE A., M. (1997). “El amor conyugal”, *Revista de Psicoanálisis*. LIV, 4.